

3º D. PASCUA. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 24, 13-35.

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo: -¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?

Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: .

-¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?

Él les preguntó: -¿Qué?

Ellos le contestaron: -Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.

Entonces Jesús les dijo: -¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?

Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante, pero ellos le apremiaron diciendo: -Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída.

Y entró para quedarse con ellos. Sentado á la mesa con ellos tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.

Ellos comentaron: -¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once con sus compañeros, que estaban diciendo: -Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

RESUCITAR A LA VIDA

En la actitud de los dos discípulos qué van a Emaús podemos observar, claramente la crisis de fe de aquella primera comunidad cristiana. La muerte de Jesús había dado al traste con sus esperanzas. Esperaban un Mesías triunfante en el que se cumplieran sus expectativas materiales. Y lo que no sospechaban era que **«lo que debían esperar, se había cumplido ya con creces»**. No tenían que ver nada nuevo sino **«ver con ojos nuevos»** lo que ya tenían delante.

No es la realidad la que debe cambiar para que nosotros la **«aceptemos»**, somos nosotros los que tenemos que **«mirar la realidad»** que tenemos delante, pero que no vemos, **«con los ojos nuevos de Jesús Vivo»**.

Demasiadas veces, **«esperamos equivocadamente»** y, claro, nos decepcionamos. Esperamos que la Iglesia... esperamos que el Obispo... esperamos que el Papa... esperamos tener siempre salud... **«esperamos lo que nadie nos puede dar»** y no somos capaces de sospechar que **«ya se nos ha dado todo»** en la vida, que la Vida nos lo ha dado todo.

Aquellos dos discípulos de Emaús, **«tras su encuentro con Jesús resucitado»**, pasaron de la desilusión a la Vida, de la decepción de haber creído en un Jesús profeta, que había muerto ignominiosamente en una cruz, a **«descubrirlo Vivo y dándoles Vida»**. De la desesperanza, pasan a **«vivir en su presencia»**.

Hoy somos nosotros quienes debemos **«buscar»**, volver a vivir la **«experiencia»** de los discípulos de Emaús. Somos nosotros quienes debemos **«descubrir»** a ese Jesús Vivo, a quien tenemos delante de los ojos, pero que no vemos.

Descubrir que Él es nuestra «razón de ser y de vivir», el fundamento de nuestra «fe», el núcleo de nuestra «esperanza» y el impulsor de nuestro «compromiso» con un mundo nuevo. Si de verdad «sabemos mirar», la vida entera está llena «de momentos, lugares y personas» donde se nos hace presente Jesús resucitado. Pero ¿dónde está presente el Señor?

Está presente «en el camino de la vida». Tras su muerte, Jesús va siempre con nosotros en nuestro caminar. Pero el Evangelio también nos advierte de que es posible caminar junto a Él y no reconocerlo. A Jesús Vivo lo encontramos «en la vida real», «en el contacto con los demás que caminan junto a nosotros».

Está presente «en la Escritura». Si queremos encontrarnos con el Jesús que da Vida, tenemos en las Escrituras un «eficaz instrumento de aproximación», bien entendido que sus mensajes no se encuentran en la literalidad de su letra, sino en la «vivencia espiritual» que la hizo posible. Dios nos habla únicamente «desde nuestro interior», pues es Él, el único que fundamenta nuestro ser. No hay un Dios fuera de la creación, sino que «cada criatura es manifestación del único Dios».

Está presente «al partir el pan». Sin duda el gesto que se describe hace referencia a la «Eucaristía». Celebrar la Eucaristía es «repetir el gesto y las palabras de Jesús y descubrir lo que quieren decirnos». Jesús se hace presente «vivencialmente» en el interior de cada uno de nosotros



Decía San Juan Pablo II que todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia ha de «sacar la fuerza necesaria del misterio eucarístico». En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre.

«En este Sacramento se resume todo el misterio de nuestra salvación» Si descuidáramos la Eucaristía, decía, «¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia?»

Está presente «en la comunidad reunida». Ya lo había dicho Jesús: «Donde dos o más estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». La persona solo desarrolla sus posibilidades de ser en la relación con los demás. La experiencia compartida de uno empuja al otro en la misma dirección. Jesús hizo presente a Dios amando, es decir, «dándose a los otros» y para esto es necesario tener a quien amar.

Estos son los caminos para «encontrarnos con Jesús», para resucitar con Él. Nuestra resurrección es una realidad interior. La vida de la persona no es más que ropaje de la verdadera Vida. «La Resurrección es tener ya La Vida».

La Resurrección, la Vida, no se ve. Pero sus frutos sí se ven. Los que participan de la Vida viviendo como resucitados «buscan las cosas de arriba». Su código moral son las «Bienaventuranzas»; su oración, el «Padre Nuestro»; su culto a Dios, «La Vida»; sus actos religiosos, los «sacramentos» y, en especial, la «Eucaristía». Esta es la «Vida Nueva» que se ha de manifestar en nuestra vida normal. ¡Que así sea!